

Diálogo entre Empresarios y Trabajadores

"Lo que el mundo espera de los cristianos es que hablen fuerte y claramente; porque entre las fuerzas del terror y las fuerzas del diálogo, se ha entablado una desigual batalla".

ALBERT CAMUS.

EN el mundo de las bombas de 50 megatones y paredes que dividen cuerpos, pero no almas, la necesidad del diálogo entre los hombres aparece con claridad meridiana. A lo largo del siglo XIX, y fomentado por la mentalidad liberal, el hombre aparecía, en cambio, como el gran solitario que en el silencio de su propio monólogo encontraría la felicidad y su pleno desarrollo.

El primer afectado en esta situación fue el campo laboral. Patrones y trabajadores no sólo no dialogaban sino que cuando lo hacían hablaban dos idiomas diferentes. La apología burguesa del trabajo, típica de aquella época, consistía principalmente en elogiar el trabajo manual de los demás. El trabajador debía realizar su obra sin poder expresar sus propias iniciativas, sin pretender salir de su condición de mero engranaje dentro de la fábrica.

La solución socialista-marxista no mejoraba la situación ya que dividía, y todavía divide al mundo, en víctimas y victimarios entre los cuales no era un diálogo sino una lucha la que estaba entablada y en la que los segundos terminarían por desaparecer a manos de los primeros.

Pero la naturaleza humana insiste y frena los errores idealistas y corrige lo que la mente desorbitada crea.

La Iglesia Católica, por su parte, no encuentra otra solución para los problemas sociales que el diálogo fraternal. Aquel que ya le hacía escribir a Pablo: "Recibe a Onésimo, tu antiguo siervo, no ya como siervo sino, mucho mejor que siervo, como un hermano muy querido... según la ley humana y según el Señor". La fraternidad ocupa entonces el lugar de la esclavitud y ninguna institución social puede borrar ese hecho fundamental de que en Cristo somos todos hermanos.

* * *

Hoy en día, el lugar de contacto de patrones y trabajadores es la empresa. En la terminología marxista sería el

campo de batalla de la lucha de clases. Alrededor de la producción los hombres se afanan para transformar la materia prima en algo útil para los demás y, al mismo tiempo, obtener una ganancia que les permita vivir y aumentar sus propios bienes. En este proceso desgraciadamente se tiene más en cuenta el valor de las cosas, la reducción de los costos, la posibilidad de una mayor ganancia. El trabajador se siente preso en los engranajes de una enorme máquina que conoce superficialmente y que, por lo general, se le aparece como despersonalizada. La fábrica, el taller, la empresa, "ellos" adquieren las características de un enemigo más o menos solapado que busca mantener al obrero en la peor condición posible. A su vez, los empresarios, en los países donde existe un movimiento obrero de cierta fuerza, también tienden a despersonalizar la relación. Los obreros, especialmente los dirigentes sindicales, son los enemigos, los que trabajan en contra, los que tienen por única ambición arruinar a todos los capitalistas o empresarios con demandas exorbitantes.

Fomentar este espíritu de discordia, hacer surgir las contradicciones constantemente es la finalidad de los marxistas. Pero, el mismo liberalismo, si no se ha corregido, tiende a pensar más en factores económicos que en personas y habla del trabajo como un objeto de compra y venta, como una mercancía y no como la expresión personal del hombre, no como el medio natural para el pleno desarrollo de la personalidad.

Marxismo y liberalismo son los culpables de la existencia y el mantenimiento de una economía dura y fría, inhumana. Nadie puede pretender volver a un liberalismo manchesteriano, forjador de padecimientos sin cuento en las clases más débiles; como tampoco nadie puede pretender, en nuestros días, que el comunismo o el marxismo, en cualquiera de sus formas, pueda crear un mundo más humano. Por eso los dirigentes de todos los países viven con la preocupación de realizar en sus propios países las experiencias necesarias para que el mundo económico esté realmente al servicio del hombre; que el capital y el trabajo no sean meramente factores económicos, sino hombres que trabajan juntamente en una obra común.

Nuestra generación —también aquí en la Argentina—, tiene ante sí la gran responsabilidad de responder a este desafío de la época. ¿Cómo dar forma, en nuestras circunstancias, a una economía que esté realmente al servicio del hombre?

"Se debe tender, en cualquier caso, a que la empresa llegue a ser una comunidad de personas en las relaciones, en las funciones y en la posición de todos los sujetos de ella". S. S. Juan XXIII sintetiza en esta frase todas las exigencias que la doctrina cristiana tiene ante la empresa y sus miembros. Se trata, por lo tanto, en primer lugar, de transformar el proceso productivo en algo personal. La empresa nace ante la necesidad del hombre de realizar un trabajo más complejo y, por lo mismo, de dividirlo y lograr la cooperación de otros con un fin social. La relación de esta estructura económica con el hombre es ineludible. A partir del hombre, y sólo del hombre, podrán construirse como valederas moralmente.

"Esto exige que las relaciones entre empresarios y dirigentes, por una parte, y los trabajadores, por la otra, lleven el sello del respeto, la estima, la comprensión, la leal y activa colaboración e interés como en una obra común; y que el trabajo, además de ser concebido y vivido como fuente de entradas, lo sea también, por todos los miembros de la empresa, como cumplimiento de un deber y prestación de un servicio". La misma vida empresarial supone, por lo tanto, una serie de virtudes, que ayudarán eficazmente al cristiano para realizar su propia santificación. El trabajo concebido como un deber, como obediencia a un mandamiento de Dios y al mismo tiempo, como un servicio a los demás. Los dos principales preceptos, el del amor a Dios y el del amor al prójimo pueden ser cumplidos durante las largas horas de trabajo, por todos, obreros y empresarios. La empresa, así entendida, es una obra común humana.

Ya Pío XI señalaba en la *"Quadragesimo Anno"*, que el empresario dedicado a ensanchar su fábrica, teniendo en cuenta la necesidad de nuevos puestos de trabajo, realizaba un acto de la virtud de la magnanimidad. Se perfeccionaba, adquiría un valor espiritual a través de lo que una intención menos pura, podía convertir en mero deseo de ganancia. El hombre cristiano, el empresario, debe saber convertir todos los momentos de su día en nuevos gestos de una santidad que se va realizando.

La crítica al liberalismo no concluye haciendo notar la mala situación en que colocaba a los obreros; todo el afán de lucro y de codicia que, en forma tan extraordinaria, floreció en el siglo pasado y, todavía hoy, se encuentra en algunos grupos de capitalistas, degrada al hombre empresario, y aquel capitán de industria puesto de modelo para un mundo monetizado se nos aparece hoy con las mismas

características de su antepasado el pirata saqueador. Pero no es la función de empresario, ni la posesión de capitales, lo que hace a un hombre un ser despreciable moralmente, sino las ambiciones y los deseos que mueven su corazón.

Es necesario cambiar la actitud del empresario y del trabajador, para que la empresa deje de ser el campo de batalla de una lucha de clases que nunca ha tenido razón de existir.

* * *

Así lo ha entendido el XI Congreso Mundial de Empresarios cristianos en su última reunión celebrada a fines de septiembre en Santiago de Chile. En una de sus conclusiones nos dice el Congreso:

Es necesario procurar:

"Una adecuada programación que respete y propicie la iniciativa personal y la libertad de la persona humana y que sea el resultado de una concentración democrática de todos los elementos que integran el cuerpo social.

Una reforma sustancial de las estructuras económicas y sociales que permita realizar primordialmente: la incorporación efectiva de los trabajadores a las empresas . . .".

En el primer párrafo, los empresarios cristianos recogen lo que los últimos Pontífices han señalado: Pío XII decía en 1956: "La función económica y social que todo hombre aspira a cumplir exige que no esté sometido totalmente a una voluntad ajena el despliegue de la actividad de cada uno", y S. S. Juan XXIII ha recalcado en la "Mater et Magistra": "Es legítima en los obreros la aspiración a participar activamente en la vida de las empresas en las que están incorporados y trabajan. No es posible prefijar los modos y grados de una tal participación, dado que están en relación con la situación concreta que presenta cada empresa; situación que puede variar de una empresa a otra y que en el interior de cada empresa está sujeta a cambios a menudo rápidos y fundamentales".

Esta incorporación de los obreros da una nueva característica a las empresas que se acercan así rápidamente hacia una verdadera comunidad de personas. Pero, el camino no es fácil, ni se logra en un momento.

La delegación canadiense al Congreso mencionado más arriba pudo decir que "la consulta se ha hecho casi orgá-

nica en el concepto de empresa", es decir, que en su país y en algunos otros, consultar a los distintos grupos que forman la empresa se considera ya normal. ¿Podríamos decir lo mismo en nuestro país? Indudablemente no. Los ejemplos de aquellos países deben servir de acicate a nuestro cuerpo empresarial.

Y agrega la delegación canadiense: "si la consulta se ha hecho casi orgánica en el concepto de la empresa, está igualmente a punto de serlo en el plano de la industria. Esta forma, aun imperfecta y rústica, de consulta a nivel industrial puede, bien guiada, encauzar un movimiento hacia la organización profesional o, al menos, crear un sucedáneo aceptable en espera de reformas profundas de la estructura económico-social. Es, pues, necesario prever medios de contacto entre las diversas fuerzas sociales presentes en el campo de la industria. Por fuerzas sociales designamos aquellas que tienen real eficacia en un contexto geográfico y en un momento dado; se trata de sindicatos, de grupos de consumidores, de organizaciones rurales, de uniones profesionales o asociaciones de cooperadores. No hay que olvidar de prolongar las antenas de manera que no se pierda contacto con el Estado. Es indispensable que, desde ahora, el sector industrial se preocupe de lo rural y éste ha de interesarse en el sector industrial".

Como se ve, un amplio panorama de diálogo en el campo no sólo de la empresa sino de toda la industria y el mundo económico. Ante las tentativas disociadoras de las luchas de clase y del egoísmo liberal, los dirigentes cristianos de empresas sienten la necesidad de levantar la bandera de la mutua comprensión, del reconocimiento de la persona humana en todos los que de alguna manera colaboran en la obra común de la empresa.

La responsabilidad aumenta en la medida en que aumenta la categoría del puesto que se ocupa. Las posibilidades de influjo y de transformación de un ambiente aumentan en aquella misma medida. Nuestros ambientes industriales necesitan una fuerte inyección de ese espíritu de diálogo para poder transformarse en un instrumento activo de la pacificación social de nuestro país. La obra no es fácil y hasta puede prometer en algún momento cierto riesgo económico; el Congreso de Empresarios no ha ocultado las dificultades, pero al contemplar el gran número de delegados de tan diversos países, la juventud y el entusiasmo de la mayoría de ellos, no puede dejar de creerse que está ya

en marcha, cada vez con mayor empuje, una gran transformación del mundo industrial.

* * *

El hecho de realizarse la reunión en Santiago de Chile permitió la asistencia de numerosos delegados latinoamericanos. El contacto con empresarios europeos y norteamericanos ha servido para medir las distancias que es necesario recorrer. Las experiencias europeas postbélicas pueden servir de base para la tarea de construcción de un mundo industrial en nuestros países.

Llama la atención la notable coincidencia acerca de la necesidad de un fuerte esfuerzo por parte de cada país para poder obtener un gran desarrollo. Mucho hará, sobre todo en países de escaso poder financiero, la ayuda exterior; pero si ésta no encuentra un ambiente empresarial y obrero que sepan colaborar con tal ayuda nada se conseguirá. La solidaridad es un deber, pero es previo el deber del propio esfuerzo. La ayuda exterior necesita injertarse en una disciplina, en un mundo que con su trabajo intenso hará fructificar tal ayuda.

La primera de las condiciones para que una ayuda exterior produzca todos sus efectos consiste en la existencia de un ambiente empresarial en el que todos se sientan solidarios respecto de una obra común. Este es el ambiente que es necesario crear. La presencia en muchas de las reuniones de la UNIAPAC de los delegados obreros permite ser optimista.

Pero es necesario hablar claro y fuerte para que se sepa qué se proponen y qué desean los empresarios cristianos.

En la frase de Camus, las fuerzas del diálogo son aquellas que miran y consideran a los demás hombres como personas. Nada hay más urgente, ni más revolucionario, que esta actitud en el campo de la empresa.

La Dirección.